

CAPÍTULO DÉCIMOTERCERO

Situación exterior del Reich — Peligros en el interior — El período de Guillermo II — Política mundial y aislamiento — Guerra mundial — Los culpables — El derrumbe — La paz de Versalles — Años de impotencia, miseria y vergüenza — Victoria del pensamiento nacional — Liberación.

Realizada la obra de Bismarck, se creyó en Alemania y en el exterior, que había despuntado una nueva gran época, la hora de la plenitud y de la felicidad después de tanto anhelar y sufrir.

El pueblo alemán pareció haber hallado a su Raquel después de haber servido durante siglos a Lía. Hoy lo sabemos: fué un error. Antes de que transcurriera medio siglo, nos encontramos ante la fosa del imperio alemán.

La gran potencia alemana, la creación de Bismarck, cayó a pedazos; hasta el estado prusiano, la obra de Federico el Grande, fué abatido y deshecho. En 1866 y 1870 se creó la posibilidad de una nueva época, pero quedó sin aprovecharse, y el Reich alemán, cual lo fundó Bismarck, pareció solamente un episodio, una interrupción de la serie evolutiva de siete siglos, de la que los años 1648 y 1815 son los grandes mojones, y que halló su digna continuación ahora en 1918.

¿Cómo pudo acontecer esto? ¿Tendrían razón las lenguas envenenadas, que desde el comienzo cuchichearon y murmuraron que había fallado la creación, reaccionaria y revolucionaria al mismo tiempo, elaborada con materiales

trada de Italia en la alianza alemana-austríaca (1883), que la agrandaba a una Triple Alianza, debía proporcionar a Austria la seguridad de sus espaldas en caso de guerra.

Se trataba de un ingenioso, casi diríamos artificial, sistema de tratados, y ya por eso mismo no destinado a la eternidad. Pero cualquier ganancia de tiempo favorecía a Alemania, mientras que la natural evolución de las cosas en Rusia hacía surgir dificultades internas que, tarde o temprano, debían llevarla a la ruina de su estado.

Tampoco se debía abandonar las esperanzas de una adhesión de Inglaterra a la Triple Alianza; las perspectivas llegaron a ser cada vez más favorables. Alemania, sin participación directa en ninguno de los problemas que amenazaran con la guerra, ni en el Mediterráneo, ni en los Balcanes, ni allende el océano, podía esperar. Puesto que ella sola, entre todas las grandes potencias, no tenía meta alguna que debiera alcanzarse solamente con las armas, podía confiar, como Bismarck mismo lo había expresado, en "convencer al mundo con el uso honesto y pacífico de su gravitación, de que una hegemonía alemana en Europa sería más útil e imparcial, y aun menos perjudicial para la libertad de los demás, que la francesa, la rusa o la inglesa".

Para poder oponerse con plena calma a los peligros exteriores, el Reich hubiera debido estar firme y unido en el interior. Pero para esto faltaba mucho. Aquí también tenía el lastre de una mala herencia. Los antiguos enemigos, que Bismarck había debido dominar, estaban vencidos, pero no muertos. Falló el intento de apoyar el gobierno del Reich sobre las fuerzas de la burguesía liberal. Como antes en Prusia, también en Alemania el liberalismo, a la larga, se mostró incapaz de gobernar. La de-

mocracia no se había reconciliado con el modo con que se había creado ese Reich y levantó muy pronto otra vez la cabeza. Con una mezquina oposición, el particularismo alemán del sur volvía a dar coces contra el aguijón de la jefatura prusiana.

Al lado de los antiguos habían surgido nuevos y peligrosos adversarios. Contra el imperio protestante, se presentó desde el primer momento la Alemania católica como partido unido y hábilmente guiado. Un intento de romper su resistencia con los recursos de la fuerza pública, al que se dejó llevar Bismarck en un lamentable menosprecio de las fuerzas contrarias, falló completamente e hizo más profunda la división: la "Kultur-Kampf" — lucha cultural— (1872 y años siguientes), aun después de cesar, concluida con importantes concesiones por parte del estado (1887), dejó tras sí una secuela de recuerdos que envenenaban la vida de la nación.

A ello se agregó el último y más grave de los peligros: el despertar de la cuarta clase social. Con el florecer de la industria creció también en Alemania, como antes en Inglaterra y Francia, el proletariado de los obreros de las fábricas, en masas siempre crecientes, organizado como un partido social-democrático y, de acuerdo con las enseñanzas de Carlos Marx, dirigido en un sentido conscientemente antinacional, internacional. El cuadro pavoroso de la revolución social, que con la sociedad debía arrasar también al estado y al Reich, apareció sobre el horizonte del porvenir alemán.

Todas estas fuerzas opuestas, sin embargo, liberalismo doctrinario y democracia, particularismo, enemistad oculta católico-clerical y manifiesta socialdemocrática contra el Reich, en realidad, hallaron lugar más que suficiente para imponerse en la representación popular de la Dieta

del Reich, que Bismarck había edificado sobre el voto general, igualitario y secreto, y que ahora le dificultaba en toda forma el gobierno. Su maestría dominó siempre las situaciones externas, aun con lo difíciles que fueron a veces, mas no llegó a vencer los obstáculos internos, que crecieron con los años.

Pero no eran ellos lo único que le llenaba de preocupación por el porvenir y le hacían dudar de la continuidad de la existencia de su creación. Echó de menos en el pueblo alemán las cualidades que eran menester para consolidar lo alcanzado: amplitud de vistas y grandeza de concepción, abnegación de sí mismo por el bien de la colectividad. Se le oía suspirar: "Son tan estrechos, tan estrechos...". En los días de la fundación había pronunciado la confiada palabra; bastaría poner a Alemania sobre la silla de montar: ya sabría cabalgar. Ahora creía poder constatar que se había equivocado.

Mientras que su mano firme y hábil llevara las riendas del caballo, nada había que temer. El respeto y la confianza, que con el correr del tiempo se había conquistado en todo el mundo, le bastaban para dominar los peligros de afuera; el miedo a su soberana naturaleza tenía en jaque a los enemigos internos.

Pero llegó un día en que un joven emperador sin experiencia, impaciente en la conciencia de sus buenas intenciones y sobreestimando su propia capacidad, se dejó llevar por las insinuaciones de quienes lo circundaban, a separarse del viejo Canciller, acerca del cual le faltaba comprensión. El 17 de marzo de 1890 Bismarck fué despedido y ya de año en año se vió, cada vez más claro, qué tremenda razón había tenido en sus presentimientos llenos de preocupación: Alemania, efectivamente, no sabía cabalgar.

No cayó al suelo en seguida, como muchos temieron; se mantuvo en el arzón por un trecho todavía, aparentemente bastante bien. Las buenas cualidades del pueblo y una burocracia experimentada y fiel a su deber, trataban de que todo quedara, en su faz exterior, en el orden mejor.

La gran constelación económica que dominaba el mundo en las décadas siguientes, trajo para Alemania un progreso que superó todas las esperanzas. Naves alemanas surcaban todos los mares; el comerciante alemán, la mercadería alemana se hallaban en todos los países, tolerados cada vez de peor talante por Inglaterra, dominadora mundial, como molestos competidores. Florecieron las industrias y el comercio, la población aumentó, la riqueza creció y la audaz promesa del joven emperador pareció cumplirse: "Os llevo al encuentro de espléndidos tiempos".

No todos lo creyeron. En seguida fueron objeto de mofa. Los que "veían negro" no debían ser "tolerados". Pero su número crecía. Muy pronto no se pudo negar que el gobierno carecía de firmeza y de seguridad en las aspiraciones, y se difundió una sensación de creciente intranquilidad. Primeramente se sintió en lo interior, luego se comprobó que en lo exterior tampoco se estaba mejor. No había concluído todavía el siglo y ya apareció un crítico de aguda mirada con la triste profecía de que el Reich alemán, tal como estaba constituído y dirigido, no habría podido soportar una conmoción seria. Lo mismo pensó ya entonces, en secreto, mucha gente. No sospechaban cuánta razón tenían.

No hemos de narrar la historia de Guillermo II, esta tragedia, no ya de un hombre y de un soberano, sino de una nación. No lo repetiremos nunca lo suficiente: la nación, en conjunto, se ha cargado con la trágica culpa de haber aspirado a lo que superaba a sus fuerzas. Pero en

el emperador, que quería solamente lo mejor y a menudo veía más justo que otros, los defectos de la nación hallaron una expresión personal, como rara vez una era y una generación han tenido en la figura de un monarca. De ello surgió la tragedia de la declinación del imperio alemán, del poderío y la libertad alemanas.

Aun cuando la serie de escenas de esta pieza es tan policroma y complicada, aunque mucho se representa entre bastidores, la fábula es en el fondo muy simple.

Es un sabio y antiguo precepto que "ningún estado reniega sin consecuencias de las fuerzas y los fundamentos a que debe su existencia". Del gobierno de Guillermo II, los iniciados sabían, y hoy lo sabe todo el mundo, que las líneas trazadas por Bismarck a la política interior y exterior del Reich fueron abandonadas ya el primer día.

Los sucesores del fundador del Reich, espíritus subalternos e inteligencias mediocres, en el mejor de los casos hábiles obreros sin una chispa de capacidad creadora, creyeron que sabían más y mejor que el maestro, e hicieron, en todo, lo contrario de lo que aquél hubiera reputado justo y necesario. Las consecuencias no se hicieron esperar: en breve lapso los hilos de la política del Reich estuvieron completamente enredados.

Con presunción se hablaba de una nueva ruta; en realidad se habían perdido todas las rutas y el timón se dirigía ora a la izquierda ora a la derecha, en un constante zigzaguar, hacia un futuro incierto.

En el interior se dejaron robustecer las fuerzas que Bismarck había mantenido débiles; se toleró que el centro de gravedad de las resoluciones se deslizara desde el gobierno a la representación popular, que el sistema de fracciones hiciera espléndidos progresos, y que el partido creado en expresa oposición a la fundación del

Reich llegara, por su número de votos y por la hábil dirección, a ser primero influyente y luego decisivo. En lugar de conducir, el gobierno se dejaba llevar y dirigía angustiosamente el velamen según los vientos de la opinión pública.

En lo exterior el cambio era más radical. Los nuevos hombres estaban impacientes por destruir el sistema de tratados que Bismarck había dejado como herencia. Contrariaron a Rusia y la empujaron finalmente en los brazos de Francia.

Con la alianza ruso-francesa en 1891 la situación general de Europa asumió un aspecto totalmente nuevo. En lugar de extraer de ello las consecuencias apremiantes y esforzarse para obtener la alianza ahora impostergable con Inglaterra, comprándola, si era necesario, con sacrificios, el gobierno alemán creyó poder mantener aún una posición media independiente. En cambio siguió haciendo en primer lugar la política de alfilerazos, luego la del desafío abierto a Inglaterra, y finalmente hizo imposible cualquier entendimiento con esta potencia, con la construcción de una flota que los ingleses debieron considerar como una creciente amenaza.

El resultado fué la alianza de Inglaterra primero con Francia (en 1904) y luego también con Rusia (en 1907) y el aislamiento del Reich al lado de Austria-Hungría, en marcha hacia su disolución, mientras que Italia preparaba secretamente el paso al bando opuesto. En lugar de admitir los hechos reales y tomar de acuerdo con ellos resoluciones, se aparentaba que no se veían; se hablaba de éxitos donde se habían sufrido derrotas, y se llegó a magnificar públicamente como "fidelidad de Nibelungos", la dependencia en que cada vez más se caía con respecto al aliado más débil.

Mientras se ayudaba así con las propias manos a anudar la red del encierro, se practicaba simultáneamente una política de presuntuosa expansión, que estaba en violento contraste con los principios de Bismarck. Él había denominado a Alemania un estado satisfecho; su tercer sucesor, Bernardo de Bülow, dió ya en su primera presentación como secretario de estado (1897) el lema del "lugar bajo el sol", que Alemania debía exigir. "Política Mundial" era ahora el axioma. Significaba que el Reich tenía sus intereses por todas partes del mundo; por todas partes debía intervenir con la voz y con la acción, aunque se tratara de unas islas en el océano Pacífico, de una base naval en China, de las posesiones portuguesas en el África del sur, del porvenir de Marruecos, de la Mesopotamia o de Constantinopla.

Lo que Alemania ganó con eso fué poco, comparado con los imperios de que se habían apoderado ya o que estaban por conquistar las otras potencias. Pero la inquieta codicia, acompañada de sonoros y presuntuosos discursos, detrás de los cuales se veía la población creciente, la riqueza en aumento y formidables armamentos de mar y tierra, despertó en todas partes el malestar y la desconfianza y dió margen a la insensata sospecha de que Alemania aspirara a la dominación mundial.

Bismarck, quiso, por la honestidad y el desprendimiento, reconciliar al mundo con el poder alemán; sus sucesores procedieron como si desearan desafiar la enemistad de todo el universo. Con Bismarck, el Reich no había tomado nunca intervención inmediata en los asuntos que dividían a los demás, permaneciendo entre las potencias en lucha como árbitro natural.

Veinte años después se había llegado tan lejos, que todas las grandes potencias, con excepción de Austria-

Hungría, veían en Alemania el adversario propio y todos los demás puntos de conflicto desaparecían, frente a la pugna entre Inglaterra y Alemania. Y, sin embargo, permanecía siempre exacto lo siguiente: el Reich alemán no tenía finalidad alguna que pudiera ser alcanzada sólo por las armas. No ambicionaba ninguna conquista en Europa, ninguna expansión de sus confines y podía, si quería agrandar sus modestas posesiones de ultramar, hacerlo por las vías pacíficas, como las había conquistado.

Pero había un punto en el cual la casa alemana podía verse envuelta en el fuego de la guerra: la alianza con Austria-Hungría, cuyo viejo conflicto con Rusia se enardecía cada vez más. Bismarck había sostenido severamente, que en una lucha en los Balcanes el Reich nada tenía que hacer. También este principio fué abandonado por el gobierno de Guillermo II. Cuando en 1909 amenazó el choque entre Austria y Rusia, por Serbia, Alemania se puso abiertamente al lado de su aliada y obligó a los rusos, aun no preparados para la guerra, a ceder. La consecuencia fué un mayor y más rápido rearme ruso. La idea era continuarlo hasta 1917, de tal manera, que la resistencia que opusiera Alemania contra la destrucción de la monarquía austrohúngara pudiera ser quebrada.

Pero no duró tanto tiempo. El asesinato del heredero del trono austríaco a mano de conjurados servios, echó a rodar la piedra en el verano de 1914. En Viena se consideraba una deuda de honor no contemporizar más para sofocar las maquinaciones servias, que conmovían desde hacía años a la monarquía, y se trató de asegurar la asistencia alemana en el caso de que Rusia interviniera. El emperador alemán y sus consejeros, creyeron que podía ser aprovechado ese último instante que haría posible todavía una liquidación con Serbia, sin que intervinie-

anticuados y sin embargo no asentada en las bases del derecho histórico, casa construída sobre la arena, obra de albañilería sin sólida argamasa?

No; no era así. La historia de los cuarenta y ocho años desde la fundación hasta la extinción del Reich de Bismarck, yace clara y totalmente ante nosotros. Nos permite reconocer por qué este Reich, que al nacer despertó el asombro del mundo por su pujanza y que inmediatamente antes de su caída había ofrecido un aspecto de prosperidad, de florecimiento y de fuerza rápidamente creciente, pudo desplomarse tan pronto y tan de improviso.

Desde un principio su situación no fué tan brillante como se la veía en apariencia. Naturaleza e historia dificultaban su existencia; pesaban sobre él la situación geográfica inalterable y la herencia de los siglos. Sin protección natural en sus fronteras, circundado todo en derredor por grandes potencias, sus relaciones exteriores eran más difíciles, exigían más precaución y previsión, que las de cualquier otro estado.

Entre sus vecinos había uno que se debía considerar de antemano como un enemigo irreconciliable: Francia. El amor propio irritable de la nación francesa, herido en lo más hondo por las derrotas sufridas, acostumbrada desde siglos a contar en el este sólo con un vecino impotente, veía en la existencia de una gran potencia alemana una constante amenaza. La reconquista de Alsacia y Lorena, impuesta desde el punto de vista alemán para seguridad del límite occidental, pero que allende ese límite se consideraba insoportable, alimentó el odio y la aspiración al desquite.

Si Francia había representado para Alemania, hasta ese momento, el enemigo hereditario, ahora se llegaba a la situación inversa: Francia veía en el Reich alemán, en

todas las circunstancias, al adversario, al enemigo que había que tornar inocuo en oportunidad favorable, reduciéndolo de nuevo a su anterior estado de impotencia.

Esto no representaba todavía ningún peligro mientras Francia no hallara aliados, por cuanto, por sí sola, no estaba a la altura del Reich, aun después de la introducción del servicio militar obligatorio. Se trataba, pues, de impedir que ninguno de los dos vecinos orientales de Alemania se uniera a Francia. Esto no pareció de inmediato muy difícil, por cuanto Rusia había apoyado eficazmente la fundación del Reich alemán, permaneciendo neutral en 1866 y obligando también a Austria en 1870 a mantener su neutralidad.

Apoyarse en Rusia, era lógico, por esa razón, mas llevaba en sí también un peligro. Si aquélla, para abrirse una vía libre a sus ambiciones sobre Constantinopla y los Balcanes, superara a Austria-Hungría, Alemania se vería despojada de cualquier otra posibilidad, en una indigna y peligrosa dependencia de su vecino oriental, donde ya había despertado y crecía diariamente el odio natural del eslavo contra todo lo que fuera alemán. A esto debía agregarse que Inglaterra, que hubiera debido ser la reserva fija y el aliado natural de Alemania, tanto contra Rusia como contra Francia, no quiso dejarse arrastrar a obligaciones comprometedoras en los asuntos continentales por razones de su propia seguridad.

Bismarck logró hallar la ruta que conducía por entre los escollos. Mediante la alianza con Austria-Hungría (1879) dió a ésta un apoyo contra Rusia, pero evitó con todo cuidado que se arrastrara a Alemania al conflicto ruso - austriaco en oriente, y supo detener el incipiente acercamiento entre Rusia y Francia, dejando mano libre a los rusos en Constantinopla y en los Balcanes. La en-